

LOS HABITANTES DEL PATÍA

Por: FRAY BERNARDO MERIZALDE.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 4, Volumen X
Cuarto Trimestre de 1952*

Las riberas del Patía y sus afluentes están habitadas por indios cuyo cacique vive en el punto donde en este gran río desemboca el Guanguí. Edifican sus casas en alto, sobre pilotes, y suelen hacerles pisos de conchas. Ninguna casa tiene más que un salón a cuyas paredes están arriadas unas barbacoas o tarimas que sirven de cama y asiento y en cuyo extremo existe una cocina. Los hombres llevan largo el pelo y se adornan las orejas con flores y aretes de oro. Las mujeres visten apenas una tela de bayeta, de la cintura a la rodilla. Cargan a los hijos terciados a la espalda, se pintan con achiote, y su mejor adorno es un collar hecho de colmillos de fieras. Cultivan el plátano, son hábiles en tejidos de paja y de mimbre, y la base de su sustento son la caza y la pesca. Más que en sus casas viven en las canoas en que se movilizan, al punto que allí pasan la luna de miel. Fuman en pipa y gustan del aguardiente. Para sus fiestas se reúnen dos veces al año con los indios del Saija, el Guanguí y parte de los del Chocó y el Ecuador.

La Bahía de Sanquianga

Si, abandonando el delta del Patía, semejante al del Nilo, continuamos nuestro viaje hacia el norte, veremos que la tierra penetra en el mar, dibujando en él una costa saliente de la forma que toma el arco templado para disparar la flecha. Hacia la parte norte de esta saliente queda la bahía de Sanquianga, que es superior a todas las que hemos recorrido, pues su profundidad permite el acceso de grandes vapores, y el río del mismo nombre, que en la bahía desemboca, les da también paso en una extensión no menor de 25 kilómetros aguas arriba. Por desgracia todo este trayecto navegable del Sanquianga, y un buen trecho más de su curso hacia arriba, se deslizan por entre pantanos, lo cual hace imposible la construcción de una carretera o ferrocarril. Esta circunstancia anula por completo las excelentes condiciones de la bahía para puerto.

El río Sanquianga

El río nace en la laguna de este nombre, que dista unos 15 kilómetros de la margen derecha del Patía, y más arriba de donde confluye con éste el Telembí. Recorre, pues, una comarca plana.

Dos ríos hermanos

Avanzando siempre hacia el norte encontramos el Tapaje y el Iscuandé, que muy hermanablemente se prestan sus aguas, ya cerca de la costa, por medio de tres brazos o canales, formando así los esteros de Las Varas, y de El Barco y la isla Domongo-Ortiz.

El Tapaje viene desde la Laguna-Brava, a 90 kilómetros de mar; sus márgenes están bastante habitadas y tienen activo comercio, pues producen en abundancia plátano, caucho, coco y carne y leche en diversos hatos y ganaderías.

Es otro hermano el Iscuandé, manso en la zona costanera, es, en cambio, muy impetuoso en la parte alta o montuosa. En los 15 kilómetros de su curso recibe las aguas de una dilatada región y penetra en el mar por seis diferentes puntos. En sus cabeceras hay oro. Sobre sus márgenes queda Iscuandé, población de alguna vida en la colonia, pero que hoy está muerta.

El Guapí

El próximo río importante es el Guapí, que da nombre, a la bahía adonde llega y a un pueblo situado 15 kilómetros arriba en sus orillas, en terreno firme, y del cual arranca un mal camino o trocha que conduce a Popayán.

En el pueblo de Guapí se reúnen los negros de esta zona a celebrar sus fiestas al son de la marimba. En 1818, a raíz de la proclamación de la independencia, sirvió de refugio a las fuerzas realistas que comandaba Manuel Valverde. El corsario inglés Illingworth, de quien arriba se refirió que había asaltado a Tumaco en 1819, saqueó a Guapí en el mismo año. Lo propio hizo en repetidas ocasiones, hacia 1870, una cuadrilla de bandoleros, que tuvo aterrada a la región hasta que su jefe, Domingo Torres, cayó en poder de las autoridades y fue fusilado en el pueblo. En las guerras civiles Guapí ha sido teatro de luchas y fusilamientos, y en dos ocasiones ha estado a punto de desaparecer, en 1838 a causa de un terremoto, y en 1914 por incendio.

La cuna de Arboleda

El arco ha terminado en la bahía de Guapí, y ahora la costa se presenta llena de puntas y bahías en forma caprichosa. Acá desemboca el Telembí, arriba el Buey, y más arriba todavía el Saija.

Toda esta zona es rica en oro, y desde el siglo XVIII perteneció a las familias Arboleda y Mosquera, de Popayán. El gran poeta Julio Arboleda, autor del poema Gonzalo de Oyón de que hay fragmentos en todos los libros de lectura, nació en Timbiquí, en la hacienda de San Vicente, el 9 de julio de 1817.

Las minas de oro pasaron después a compañías extranjeras que todavía las explotan y tienen bien instaladas sus casas y oficinas en el pueblo llamado Santa María de Sesé.

Cómo se explota el oro

La gentecita que vive en las orillas de los ríos se emplea por su propia cuenta en lavar oro, para lo cual, en cuclillas en la ribera, echan dentro de una arteza un poco de arena recogida del cauce, e imprimiéndole un movimiento de rotación logran que el barro que es soluble, vaya saliendo con el agua, al paso que el oro de mayor peso, se queda en el fondo. La operación así practicada es dispendiosa: tanto, que en todo el día no logran obtener oro por valor que exceda de dos o tres pesos moneda corriente.

Las compañías mineras, por su parte, usan dragas, especie de buques como los del Magdalena, pero que, en vez de camarotes y salones, poseen maquinaria para lavar.

En su parte delantera la draga tiene una cadena sin fin de grandes cucharones que se entierran en el barro del fondo y lo levantan hasta el último piso; allí lo vierten dentro de un cilindro cuyas paredes perforadas o zarandas dejan pasar el material pequeño, pero retienen los pedruzcos y guijarros, que del cilindro pasan a la cinta cóncava de acero, también en forma de cadena sin fin, por donde son arrojados nuevamente al río, por la parte posterior de la draga. Para separar el barro, que contiene el oro, de los pedruzcos y guijarros, hay en el interior del cilindro poderosos chorros de agua.

Una vez que el barro ha pasado al otro lado del cilindro-zaranda, que gira sin parar, cae sobre ciertas planchas estriadas que entre estría y estría tienen mercurio, para amalgamar el oro. Como éste pesa más que el barro y el mercurio lo retiene, solamente la tierra y el agua vuelven a caer al río, adonde salen por los costados de la draga. Toda ella semeja, pues, un gran monstruo que entre chirridos y estrépitos, devora por su parte delantera cucharada tras cucharada de barro, y arroja por los costados chorros de agua mugrosa y por la popa raíces y piedras, algunas de ellas tan grandes que alcanzan a pesar hasta siete toneladas.

Los habitantes de Bubuey

En las riberas del Bubuey viven dispersos, es decir, sin reunirse en poblado alguno, los indios guanguí,

que hablan un dialecto muy dulce, aunque abundante en sonidos guturales. También quedan en toda esta zona negros de los que trajeron del África en el siglo XVIII para el lavado y manipuleo del oro.

Los indios del Micay

Menos salvajes y diferentes de los indios guanguí, son los que viven al norte de ellos, en el río Micay. Estos últimos alcanzaron a civilizarse bastante durante la colonia; pero, perseguidos por las tropas del gobierno en la guerra civil de 1841, e instigados por negros insurrectos, se dispersaron de nuevo por sus agrestes regiones, y hoy apenas conservan, incorporadas a su vida, algunas palabras y devociones de origen español, que atestiguan su antiguo trato con los blancos.

En el río Micay son frecuentes los albinos, es decir, los individuos de piel y cabellera blanquísima y ojos azules, y que son, sin embargo, hijos de padres perfectamente negros.

La Gorgona

A 25 millas de la costa y al frente de los ríos Micay, Tapaje, Guapí, Cajambre, e Iscuandé, equidistante de Buenaventura y Tumaco, se halla la isla de la Gorgona, la más extensa de la región, como que mide unos 8 kilómetros a lo largo por 2 de anchura. De ella nace un islote. El Flamenco y una isla más pequeña llamada Gorgonilla, y tiene cerca dos cayos: El Viudo y El Horno.

Posee la Gorgona un puerto hacia el nordeste, agua dulce en abundancia y rica y variada vegetación, y en contorno abundan el nácar, las perlas, ballenas y cachalotes. Es tal la transparencia de sus aguas, que a 40 metros de profundidad se ven nadar los peces. Sus costas presentan un imponente espectáculo de peñascos rotos contra los que se deshacen en espumas las olas. Alcanza una altura de 300 metros en sus picos más salientes, que son tres, y están llenos de grietas donde se ve bullir el agua sulfurosa.

Acuarela de la Gorgona

En los bosques de la isla crecen árboles de varias especies como jigua, laurel, caimitillo, pichicande, roble, níspero, macharde, tangaré y pácora. La fauna se reduce a monos, guatines, guianas y pericos ligeros. Los ofidios abundan. Al norte de la isla don Ramón Payán levantó una hacienda con buen éxito pero fue talada en la revolución de 1899 por las fuerzas del gobierno que estuvieron allí dos veces y por las de los liberales, quienes permanecieron en una ocasión 12 días en número de 1.100 hombres. Hoy solo se encuentra en este lugar una casa de habitación.

Al sur, el cumplido caballero don Leopoldo D'Cross ha colocado el nido risueño de sus amores y se ha

dado al cultivo de la tierra y embellecimiento de su morada. No quiero describir la hermosura que encierra aquel rincón con la casa entre flores, y las plantaciones de cocoteros, y los prados verdísimos en que paca el ganado a la orilla del mar, y las playas donde se reflejan en las conchas madreporas todos los colores del iris y donde por miles se ven las gaviotas blanquecinas y las garzas de plumaje policromo.

Cuarenta arroyuelos de agua potable, fresca y límpida bajan de los altos cerros y van a tributar al mar, después de recorrer en diversas direcciones, como los rayos de una estrella, las arenosas playas. De éstos los principales son La Trinidad y Las Mercedes.

En las diáfanas aguas del mar nadan a la vista desde los dorados y argentinos pececillos hasta los grandes cetáceos. A nuestra memoria acude la impresión que nos causaban, sobre todo, los inmensos pulpos que abundan en esas aguas, donde también caen pargos, brovos, salmonete, corbinas, espejuelos, sardinatas, sierras, atunes, lisas, pámparos y otros muchos peces, en los anzuelos de los pescadores. Después de cada plenilunio se cogen por la noche, con la mayor facilidad, 2.000 a 3.000 agujas.

Desde los polos hacen viaje a las templadas aguas de los trópicos en los meses de julio a septiembre las ballenas, cuya pesca es en extremo interesante.

Con este objeto hasta hace pocos años arribaban a la Gorgona por aquel tiempo varios buques de una compañía noruega establecida en Chile.

Otra cosa interesante en la Gorgona es la extracción de conchas madreperlas, que se practica por medio de buzos con escafandra.

